

MELANCOLÍA Y SENSIBILIDAD EN EL SIGLO DE LA RAZÓN

Hablar del siglo de las luces remite inevitablemente a la razón. Es por ello que a veces la historia se olvida de la importancia que tuvieron las emociones y el discurso de la sensibilidad en el pensamiento ilustrado del siglo XVIII.⁹⁵ Sin embargo, lo cierto es que, para muchos filósofos y médicos de aquella época, la teoría moral de los sentidos y de los sentimientos fue clave para comprender la naturaleza humana y los procesos cognitivos que distinguían al hombre. Allí, en esa revaloración de lo sensible, la experiencia melancólica adquirió también nuevos significados y una relevancia particular.

Efectivamente, la melancolía generó mucho interés entre teólogos, médicos, literatos y filósofos del siglo XVIII. Como sus antecesores medievales, los primeros defendieron la creencia de que aquel estado de sufrimiento humano era consecuencia de la Caída. Para ellos, la conciencia del pecado generaba un

⁹⁵ Autores como Henry Martyn Loyd, Ann Jessie Sant o Paul Goring han dedicado muchas de sus investigaciones al estudio de la sensibilidad en la epistemología sensacionista, la medicina vitalista y la teoría moral de los sentidos en el siglo XVIII. En algunos de sus artículos han explicado el significado que adquirieron términos como *sentimiento*, *sentido*, *sensación* o *sentimental* en la literatura ilustrada de diferentes autores. Ver Henry Martyn Lloyd, *The Discourse of Sensibility: the Knowing Body in the Enlightenment*, Springer, Nueva York, 2013, p. 5.

ESTELA ROSELLÓ SOBERÓN

dolor moral insoportable que muchas veces sumía al hombre en un estado de perturbación espiritual y corporal muy difícil de sobrellevar en la vida cotidiana. Pero además, herederos de una larga tradición cultural, muchos teólogos del siglo xvi-ii también vieron en la melancolía la clara manifestación de Satanás, puesto que para ellos el sujeto melancólico sólo podía mirarse como un sujeto frágil y vulnerable, poseído por el demonio.⁹⁶

Ahora bien, mientras aquellas ideas religiosas continuaron vigentes en el imaginario dieciochesco de muchos hombres y mujeres, al mismo tiempo, la melancolía cobró fuerza e interés en los escritos de muchos médicos, escritores y filósofos ilustrados cuyas ideas circularon y formaron parte del sentido común, sobre todo, de las burguesías que emergían con fuerza en Francia, Alemania e Inglaterra. De esta manera, el discurso médico del siglo xviii volvió a definir a la melancolía como una enfermedad, pero, como se verá más adelante, las explicaciones que ofreció para comprender el origen de aquella antigua patología, así como los tratamientos para curarla, sufrieron cambios importantes al incorporar algunas ideas procedentes de las teorías de la nueva epistemología, lo mismo que de la mecánica y la hidráulica que se hacían muy populares en los ámbitos científicos de la época.

Por su parte, muchos filósofos y escritores de aquel momento también hicieron de la experiencia melancólica un tema central en sus disquisiciones e historias. Para ellos, la melan-

⁹⁶ Durante siglos, el imaginario occidental asoció la melancolía con la posesión diabólica. Esto, por ejemplo, llevó a que muchos enfermos melancólicos fueran condenados a la hoguera por la Inquisición. También, que muchas mujeres que sufrían de dicho padecimiento fueran perseguidas y quemadas como brujas. Fue San Jerónimo el primero en referirse a la melancolía como el baño del diablo. Ver Roger Bartra, *op. cit.*, p. 73.

MELANCOLÍA Y DEPRESIÓN EN EL TIEMPO

colía era expresión de las nuevas formas de estar en el mundo, una emoción necesaria para la construcción de una sociedad más civilizada, consciente y responsable; también, una pose chocante y cómica que reflejaba el nuevo estilo de vida de la gente rica y superflua que se aburría de los excesos y la despreocupación generados por un orden donde las necesidades materiales se encontraban prácticamente resueltas.⁹⁷

Ya fuera como posesión diabólica, enfermedad o forma afectada de plantarse ante el mundo, la melancolía del siglo XVIII reflejaba el proceso histórico de fortalecimiento de un yo interior cada vez más autónomo y consciente de sí mismo. Sin duda, las nuevas teorías médicas y filosóficas sobre la relación entre el cuerpo y la mente, sobre el funcionamiento del sistema nervioso y sobre las facultades de la percepción y el conocimiento, fueron realmente importantes en la consolidación de la nueva conciencia individual que surgió en occidente a partir del siglo XVIII. Allí, el sujeto melancólico encontró dentro de sí nuevos espacios para experimentar amor, desesperación, unidad con lo sublime y un nuevo tipo de soledad triste que, al mismo tiempo, podía resultar extrañamente muy placentera.

En aquel universo cultural, razón y sentimiento se convirtieron en el eje de muchas discusiones y reflexiones en torno a la fisiología, la epistemología y el sentido existencial del ser humano. En ese contexto, muchos filósofos y médicos

⁹⁷ De acuerdo con Soledad Díaz Alarcón, cuando se piensa en la experiencia melancólica del siglo XVIII se pueden distinguir claramente dos tendencias. Por un lado, dice la autora, se puede identificar cierta simpatía entre varios filósofos y literatos que la entendieron de forma positiva, y una noción más bien negativa entre muchos médicos y teólogos que miraron en aquel padecimiento una condición nociva y muy dolorosa para quienes la vivían. Ver Soledad Díaz Alarcón, "La melancolía amorosa en el siglo XVIII francés", *Alfinge*, Uco Press, Córdoba, 2013, p. 23.

ESTELA ROSELLÓ SOBERÓN

vitalistas ingleses, escoceses y franceses buscaron comprender la relación entre las emociones, la mente y el cuerpo humano. Para ellos, las pasiones eran el principio de la vida y de la acción. Lejos de ser fuente de pecado y sufrimiento, como lo habían sido en la cultura medieval y barroca, en los nuevos discursos del siglo XVIII las emociones se concibieron como el vehículo mediante el cual el sujeto percibía la realidad y se vinculaba con el mundo. Así, por ejemplo, para Diderot, Barthez o Holbach, aquél que carecía de sensibilidad estaba condenado a la muerte en vida.⁹⁸ También en ese mismo rescate de la dimensión emocional de la experiencia humana, empiristas ingleses como Locke o Hume exaltaron el valor que tenían las sensaciones captadas por los sentidos en el proceso cognitivo de todo ser humano.⁹⁹ Bajo su mirada, pensar y sentir eran operaciones absolutamente indisolubles.

En ese nuevo juego entre emoción, pensamiento y realidad, los melancólicos se concibieron como sujetos que se vinculaban con el mundo de manera muy particular. Muchos médicos, filósofos y literatos reconocieron que las personas que padecían de melancolía tenían una sensibilidad aguda, mucho mayor que la del resto de los seres humanos. El dolor y el sufrimiento con los que percibían la vida provenían, además, de una imaginación poderosa; era precisamente aquella imaginación la que imprimía tonos muy particulares a la experiencia individual de esos sujetos distintos, a veces geniales, pero ciertamente enfermos.

A decir verdad, las nuevas teorías sobre la melancolía como una emoción que traducía una percepción específica de

⁹⁸ Paul Goring, *The Rethoric of Sensibility in xviii Century Culture*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004, p. 40

⁹⁹ Henry Martyn Lloyd, *op. cit.*, p. 5.

MELANCOLÍA Y DEPRESIÓN EN EL TIEMPO

la realidad estaban vinculadas con el interés de los médicos del siglo XVIII en comprender mejor el funcionamiento del sistema nervioso. De acuerdo con las nuevas teorías médicas, el cerebro era el órgano mediante el cual las sensaciones físicas se convertían en emociones. Por ello resultaba especialmente importante explicar la relación que dicho sistema tenía con el corazón, órgano que durante siglos se había concebido como el centro físico de la experiencia emocional.¹⁰⁰

En ese sentido, las investigaciones médicas del siglo de las luces arrojaron ideas novedosas sobre el funcionamiento de los nervios. De acuerdo con ellas, estos funcionaban como cuerdas musicales que vibraban al recibir las imágenes del exterior. Las vibraciones provocadas por los estímulos sensoriales del mundo llegaban al cerebro que, a su vez, las convertía en imágenes y más tarde en emociones. Nervios, fibras nerviosas, órganos en movimiento, circulación de la sangre, fueron todos conceptos muy utilizados en el nuevo lenguaje que en el siglo XVIII se utilizó para imaginar la experiencia interior humana.¹⁰¹ Bajo la nueva mirada médica, la sensibilidad, es decir, la capacidad que hacía posible la experiencia afectiva entre los seres humanos, era siempre resultado de la fisiología.

En el siglo XVIII, la experiencia melancólica comenzó a recibir nuevos nombres. *Vapores, esplín, histeria e hipocondría* fueron nombres que se dieron a padecimientos nerviosos muy cercanos a lo que se había concebido como melancolía durante siglos.¹⁰² Poco a poco, la teoría galénica del desequilibrio

¹⁰⁰ Anne Jessie von Sant, *Eighteenth Century Sensibility and the Novel: the Senses in Social Context*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993. pp. 5-6.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 6

¹⁰² Germán Berrios, *Historia de los síntomas de los trastornos mentales. La psicopatología descriptiva desde el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2008, p. 376.

humoral empezó a desdibujarse, y en su lugar estos nuevos padecimientos se explicaron a partir de nociones médicas que incluían las teorías modernas de la circulación de la sangre y de la hidráulica.

Además, las nuevas explicaciones fisiológicas de la naturaleza de los trastornos nerviosos, como se llamó a las enfermedades mentales entre las que se encontraba la melancolía, abrevaron de las ideas mecanicistas de Newton. Durante la primera mitad del siglo XVIII, dichas ideas se popularizaron en el gremio de los médicos, en parte gracias a las investigaciones de Herman Boerhaave.¹⁰³ Este médico holandés fue uno de los primeros en explicar que el cuerpo humano funcionaba como un sistema de canales y redes por el que circulaban los jugos o los fluidos de los espíritus que alimentaban la sangre. De acuerdo con sus teorías, cuando dichos canales se obstruían, la sangre se quedaba estancada y se pudría en la zona del hipocondrio, lugar donde se generaban los vapores, el esplín, la hipocondría o la melancolía.¹⁰⁴ Poco a poco, las teorías en torno a las enfermedades “de los nervios” abrieron paso a lo que a partir de fines del siglo XIX habría de conocerse como depresión.

Timothy Rogers (1658-1728) y Richard Baxter (1615-1691) fueron médicos famosos por tratar enfermos melancólicos. Para ambos, y de acuerdo con las teorías más populares de principios de siglo, la melancolía era un padecimiento que se originaba debido a la putrefacción de la sangre que, al quedarse estancada, dejaba de alimentar a la imaginación en el cerebro, con lo cual sobrevenían problemas en el entendimien-

¹⁰³ Clark Lawlor, *op. cit.*, p. 78.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 77.

MELANCOLÍA Y DEPRESIÓN EN EL TIEMPO

to, la memoria y los afectos.¹⁰⁵ Para estos médicos ingleses, la melancolía generaba terribles sufrimientos tanto para el cuerpo como para la mente. Entre los síntomas que ambos enumeraban como típicos de tan triste enfermedad se encontraban la culpa, la desesperanza, la perturbación interior, el temor de Dios, el miedo a la muerte, la angustia, las dudas constantes.¹⁰⁶ Además, las afectaciones que los melancólicos sufrían en el cerebro generaban confusión, sentimientos de odio e incapacidad para actuar.¹⁰⁷

La evolución del concepto médico de “las enfermedades de los nervios” se aceleró al llegar la segunda mitad del siglo XVIII. Entonces, las teorías mecanicistas se abandonaron y, en su lugar, llegaron nuevas ideas inspiradas en el conocimiento de la electricidad; estas habrían de incidir de manera muy poderosa no sólo en la transformación de la idea de la melancolía, sino también en los tratamientos que se utilizaron para combatirla sobre todo ya en los siglos XIX y XX.

Pero la mirada médica no fue la única que colaboró en la transformación de los significados que dieron sentido a la experiencia melancólica en el siglo XVIII. Mientras que los médicos se empeñaron en encontrar nuevas explicaciones fisiológicas, los filósofos y literatos de la época intentaron definir qué era la melancolía en el contexto cultural de sociedades donde

¹⁰⁵ Ingram, *Melancholy Experience in Literature of the Long Eighteenth Century: Depression, 1660-1800*, Palgrave Macmillan, Londres, 2011, p. 43.

¹⁰⁶ Ingram, *op. cit.*, p. 38.

¹⁰⁷ Es curioso pensar que, para Baxter, algunos melancólicos también podían enfermar a causa del susto, la muerte de algún ser querido o la sensación de fuerte pérdida. En esos casos, explicaba el médico inglés, la enfermedad no tenía relación con la sangre estancada, sino con las pasiones que perturbaban a los espíritus de la sangre, que viciaban las vísceras, el cerebro y, por lo tanto, generaban enfermedad. Ingram, *op. cit.*, p. 43.

las burguesías comenzaban a ordenar la vida a partir de valores como la individualidad, la civilización, el refinamiento y, efectivamente, la sensibilidad.¹⁰⁸ En ese contexto, el lujo, lo exótico y el contacto con la otredad aparecieron como parte de una realidad nueva y contradictoria que despertaba debates, burlas y críticas entre los interesados en la transformación de la moral y las costumbres. Allí, una vez más, la melancolía cobró un lugar muy importante.

En ese sentido, es curioso recordar la manera en que George Cheyne, médico y amigo de personajes como Samuel Richardson o Alexander Pope, explicaba la naturaleza, las causas y los tratamientos de un padecimiento cada vez más popular y más presente en el ámbito de la sensibilidad burguesa europea. Para uno de los primeros vegetarianos de la historia, la melancolía tenía su origen en la mala alimentación. Como muchos de sus contemporáneos, Cheyne sostenía que la acumulación de los jugos o los fluidos en el estómago impedía la buena circulación de la sangre, y que la obstrucción de los vasos sanguíneos provocaba que los nervios dejaran de recibir las vibraciones o tremores de los estímulos exteriores, situación que generaba dolores físicos, convulsiones, espasmos y demás problemas nerviosos.¹⁰⁹

Como es fácil advertir, las teorías médicas de Cheyne seguían la lógica de la medicina hidráulica y mecanicista de la que ya se ha hablado aquí; sin embargo, lo verdaderamente interesante y novedoso de su pensamiento se encuentra, más bien, en la asociación que este médico escocés obsesionado con las bondades de los vegetales y los lácteos hacía entre

¹⁰⁸ Sobre la sentimentalización de la vida y la transformación del sentido vital entre las burguesías del siglo XVIII, ver Paul Goring, *op. cit.*, p. 43.

¹⁰⁹ Ingram, *op. cit.*, p. 85.

MELANCOLÍA Y DEPRESIÓN EN EL TIEMPO

la alimentación, la melancolía, la moral y las costumbres. De acuerdo con el médico de Pope, la melancolía que enfermaba al cuerpo de muchos de sus pacientes estaba muy relacionada con las dietas lujosas y excéntricas que llegaban a Inglaterra desde países como Francia, Italia o España, como consecuencia de la expansión imperial y del auge de la riqueza comercial.¹¹⁰ Por ello, la mejor manera de combatir los pesares melancólicos era regresar a la dieta simple y tradicional de los ingleses; evitar los vinos y preferir la leche; no ingerir carnes rojas condimentadas con especias o salsas excéntricas, y mejor volver a las carnes blancas cocinadas sencillamente.¹¹¹

Las explicaciones médicas y dietéticas del doctor Cheyne tenían, en realidad, un fuerte trasfondo moral. Muchos filósofos ingleses y franceses de mediados del siglo XVIII debatieron en torno a la utilidad o inutilidad de la riqueza y los bienes lujosos para conseguir la felicidad en la vida terrena. Mientras que algunos de ellos, como Voltaire o Bernard Mandeville, defendieron que la riqueza material y el lujo podían generar un mayor grado de felicidad entre los hombres, hubo otros que denostaron los excesos del lujo al considerarlos fuente de insatisfacción, insaciabilidad y sufrimiento constante. Entre los críticos más tenaces de la frivolidad producida por la riqueza material excesiva se encontró, por supuesto, Jean Jacques Rousseau.

Rousseau fue, sin duda, uno de los grandes melancólicos del siglo de las luces. La sensibilidad con la que el autor de las *Ensoñaciones del paseante solitario* percibió el mundo era la de un sujeto atrapado en las contradicciones propias de una

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 86.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 90.

ESTELA ROSELLÓ SOBERÓN

sociedad en transición.¹¹² En Rousseau se pueden observar las tensiones entre el valor del individuo moderno y la fuerza de lo comunitario, entre los encantos de la vida civilizada y el deseo de volver a los placeres más profundos y más simples de la Naturaleza. Pero más allá de las contradicciones de la vida moderna que frecuentemente lo atribulaban, Rousseau era un convencido del poder de la conciencia individual y de la introspección como única vía para encontrar la paz y la felicidad interior.

Frente a los excesos materiales y las frivolidades burguesas que tanto le molestaban, Rousseau encontraba en el retiro del mundo y en el exilio voluntario que implicaba la vuelta a la Naturaleza el camino perfecto para encontrarse con uno mismo. Replegarse en el espacio de la mente, conectarse con los poderes de la imaginación y del sentimiento, eran para él mecanismos indispensables para escapar de los sufrimientos generados por las exigencias de una sociedad cada vez más banal y más alejada de la verdadera felicidad.¹¹³ De acuerdo con Rousseau, ésta solamente podía encontrarse en el interior de la mente y del corazón. Como es fácil advertir, ambos se encontraban profundamente relacionados con la experiencia melancólica occidental.

¹¹² Aleksander Franciczek tiene un interesante artículo en el que analiza la experiencia de la soledad melancólica en las *Ensoñaciones del paseante solitario* de Rousseau.

¹¹³ De acuerdo con Franciczek, para Rousseau, la mente era el espacio en donde el ser humano podía unirse con la Unidad, de allí que fuera precisamente en dicho espacio interno que el sujeto podía encontrar la verdadera felicidad. Ver Aleksander Franciczek, "The Pleasurable Pain of Melancholic Solitude: Examining Rousseau's Emotional Self Indulgence", *Reveries of the Solitary Walker*, Western University, 2017, p. 11.

MELANCOLÍA Y DEPRESIÓN EN EL TIEMPO

Y es que, en efecto, la melancolía era una experiencia privilegiada para entrar en contacto con el mundo interno. Durante siglos, el imaginario occidental había hablado del sujeto melancólico como un individuo deseoso de apartarse de la sociedad para replegarse en sí mismo, como un ser humano cuyo estado natural era, precisamente, el de aislarse y vivir en soledad. Debido al gusto y a la necesidad que los melancólicos sentían por la vida solitaria y volcada hacia el yo interior, estos sujetos habían sido privilegiados con la capacidad para mirar hacia dentro y entrar en contacto con su propia conciencia individual. De esta manera, para Rousseau, la soledad melancólica no sólo es una de las experiencias más gratificantes y placenteras de la vida, sino también una condición indispensable para hallar un estado de paz y alegría que solamente podía encontrarse en el interior de cada quien.

Ahora bien, es importante insistir en que, bajo la mirada de Rousseau, la soledad sólo podía vivirse en melancólica tranquilidad cuando ésta se elegía por voluntad propia. Es decir, para que el exilio y el retiro del mundo fueran realmente provechosos y gozosos, estos debían ser una elección personal y nunca el resultado del aislamiento forzado de un sujeto rechazado por su sociedad.¹¹⁴ Cuando la soledad era producto de esto último, lejos de proveer alegría y contento, lo que otorgaba al sujeto eran profundos sentimientos de abandono y dolor. Los placeres de la soledad melancólica eran, así, completamente antagónicos al sufrimiento provocado por la alienación.¹¹⁵

¹¹⁴ Aleksander Franiczek, *op. cit.*, p. 1.

¹¹⁵ En este sentido, Hugo Garciamarín ha dedicado varias reflexiones a explicar el significado doloroso que tenía la soledad impuesta para Rousseau. Garciamarín insiste en que, para el filósofo ilustrado, la experiencia solitaria resultaba sumamente gozosa cuando se trataba de una elección libre. Cuando la soledad era impuesta, en cambio, el sujeto padecía la ruptura o la falta de

ESTELA ROSELLÓ SOBERÓN

Para el filósofo ginebrino, la soledad como experiencia vital que acercaba a la felicidad tenía, además, un estrecho vínculo con el poder de la imaginación. Para bien o para mal, durante siglos, melancolía e imaginación estuvieron en indisoluble relación. En sus reflexiones sobre la soledad, Rousseau señalaba lo favorable que era aquel estado para estimular el poder de la imaginación.¹¹⁶ A partir del contacto con esa capacidad no racional de la mente, el ser humano podía perderse dentro de sí para encontrar, o más bien reencontrar, la unidad con lo sublime. El escenario perfecto para disfrutar aquella experiencia transformadora era el campo.

El placer melancólico que generaba el contacto con la Naturaleza hablaba de ese sujeto que, una vez más, reconocía la necesidad de retirarse del mundo para intentar buscar algo que de otra manera continuaría perdido. En el caso de la búsqueda de Rousseau, el final prometía ser feliz, si bien la experiencia de recogimiento interior no podía estar completamente exenta de cierto dolor. Con el paso del tiempo, los placeres agrídulces de la soledad melancólica, cerca de la Naturaleza, habrían de nutrir de manera fundamental la sensibilidad romántica del siglo XIX.¹¹⁷ Es interesante pensar también, en ese sentido, que la melancolía dieciochesca francesa fue precursora de otras ex-

afiliaciones sociales tan necesarias para vivir con bienestar. Ver Hugo Garciamarín, *Un ensayo de felicidad y bienestar*, inédito al momento de citarse.

¹¹⁶ Rousseau vive la soledad voluntaria como el estado más favorable para estimular la imaginación de la mente. Así, para él, la melancolía solitaria era una experiencia que permitía entrar en contacto con estados mentales más emocionales y menos racionales, que hacían posible conectarse con lo sublime y lo divino. Francizek, *op. cit.*, p. 9.

¹¹⁷ Francizek explica que en las *Ensoñaciones* de Rousseau la Naturaleza funciona como un espejo interior que permite al sujeto encontrarse con él mismo. La imagen sería recurrente en la literatura Romántica del siglo XIX. Ver Francizek, *op. cit.*, p. 11.

MELANCOLÍA Y DEPRESIÓN EN EL TIEMPO

perencias emocionales que, poco tiempo después, el romanticismo habría de apropiarse y resignificar. Así, la simpatía, la empatía, el amor y la amistad formarían parte de esa nueva sensibilidad refinada y elevada que ya desde la Ilustración se relacionó con la experiencia de la melancolía.

La reivindicación ilustrada de la capacidad de sentir, como un atributo exclusivo de gente civilizada y superior, postuló el problema de la relación entre el alma y la mente. Allí, la melancolía tuvo un lugar muy importante, puesto que era una experiencia interna que abría el canal de comunicación entre la emoción y el pensamiento. En palabras de Diderot, la melancolía perturbaba al cuerpo y al espíritu al generar conciencia de nuestra eterna imperfección.¹¹⁸ Cuando el sujeto quedaba preso de aquel sentimiento, sufría un gran vacío que era imposible llenar, “ni con los otros, ni con los objetos placenteros, ni con los placeres de la Naturaleza”.¹¹⁹ Para el médico filósofo, cuando el alma y el cuerpo quedaban presos de la melancolía, la única vía para encontrar descanso era la meditación.

Nuevamente, como en Rousseau, Diderot pensaba en la riqueza del mundo interior. En realidad, en ambos casos, la reivindicación de la experiencia interna del sujeto surgía de la nueva sensibilidad burguesa que apreciaba sobre todas las cosas el valor de la individualidad y el fortalecimiento de la autoconciencia. Sin duda, en el proceso de reconocimiento de un yo cada vez más libre y autónomo, el sujeto moderno se encontró con nuevos dolores que, curiosamente, no siempre se vivieron desde el sufrimiento, sino que también contaron

¹¹⁸ En su artículo “La melancolía amorosa en el siglo XVIII francés”, Soledad Díaz Alarcón cita a Diderot. Yo he tomado las palabras del filósofo de dicho texto, si bien las he traducido más bien libremente. Ver Soledad Díaz Alarcón, *op. cit.*, p. 9.

¹¹⁹ *Idem.*

ESTELA ROSELLÓ SOBERÓN

con ciertas dosis de placer y gozo. El amor romántico, por ejemplo, brindó una nueva experiencia agrídulce y melancólica que ya en el siglo XIX se habría de incorporar al nuevo estilo de vida burgués. Una vez más, en palabras de Diderot, la melancolía permitía disfrutar de las ilusiones del amor; para el médico filósofo francés, el poder de la fantasía y de la imaginación surgía nuevamente como una fuerza interna que hacía posible gozar de “los placeres más delicados del alma y de los sentidos”.¹²⁰

Ahora bien, como se ha dicho ya, en el siglo XVIII muchos hombres y mujeres continuaron enfermando de melancolía y asistieron con sus médicos para que éstos los aliviaran y los curaran. Para ellos, la experiencia melancólica significó vivir dolores corporales, físicos y espirituales muy profundos. En ese sentido, médicos como Richard Baxter o Bernard Mandeville insistieron en la necesidad de reconocer que las y los melancólicos sufrían de un padecimiento real. De acuerdo con ellos, los síntomas que atormentaban con mayor frecuencia a sus pacientes eran la perturbación interior, la ansiedad, el mal humor y la constante inseguridad. Además, es curioso que Mandeville hablara de otros nuevos síntomas físicos, como la vista borrosa o los molestos zumbidos en los oídos.¹²¹

Si bien los síntomas físicos y mentales descritos por ambos médicos son de por sí interesantes, en realidad, lo que resulta más curioso sobre las ideas de Baxter y Mandeville son las nuevas terapias que propusieron. Lejos de continuar con purgas y sangrías, Mandeville recomendaba escuchar a los pacientes. Hablar con ellos, oírlos y, sobre todo, tratarlos con compa-

¹²⁰ *Ibid.*, p. 11.

¹²¹ Ingram, *op. cit.*, p. 51.

MELANCOLÍA Y DEPRESIÓN EN EL TIEMPO

sión.¹²² De esta manera, el médico y filósofo inglés promovía el trato amoroso hacia sujetos que anteriormente habían sido vistos con miedo, temor o desconfianza. Para lograr esa transformación era necesario educar a la gente en nuevas formas de sensibilidad efectivamente más sofisticadas o, en palabras de la época, más civilizadas y empáticas.

En cualquier caso, durante el siglo XVIII, la melancolía se convirtió en parte esencial de la sensibilidad y la percepción burguesas de la vida. Si bien muchos hombres y mujeres de aquella época enfermaron realmente de ella, otros la hicieron una manera de enfrentar la vida. Esto, porque entre los sectores más acomodados de la Europa de aquella época, el ocio, las comodidades o la despreocupación por ganarse el sustento cotidiano generaron un nuevo tipo de aburrimiento existencial. Así, el *ennui* burgués, nueva expresión de la melancolía del siglo XVIII, se vivió como una forma frívola de hartazgo, displicencia o apatía frente a la vida de la que muchos escritores ingleses como Jonathan Swift, Alexander Pope o Edmund Spenser se burlaron en varios de sus divertidos textos satíricos.

En efecto, la pose melancólica fue motivo de risa y burla para muchos escritores y lectores del siglo XVIII; al mismo tiempo, la dimensión trágica de esa experiencia emocional encontró nuevas expresiones a partir del estilo de vida de los sectores medios europeos de aquella época. Efectivamente, la transformación de las relaciones entre el sujeto y la familia, el amor, la autoridad, la religión o la muerte, planteó nuevas preguntas y formas de sufrimiento interno que originaron manifestaciones melancólicas muy propias de la cultura romántica de los siglos XVIII y XIX.

¹²² *Idem.*

ESTELA ROSELLÓ SOBERÓN

Frente a los nuevos desafíos éticos de un mundo cada vez más racional y secularizado, pero también cada vez más sensible y sentimental, el sujeto moderno asumió nuevas formas de responsabilidad que a veces activaron el lado más oscuro de la melancolía. Porque ante las demandas de una sociedad cada vez más exigente con el individuo, éste se concibió como un sujeto libre y responsable, capaz de elegir con dignidad poner fin a sus sufrimientos terrenos con el acto fatal de la muerte. Así, durante el siglo XVIII y XIX, el suicidio hizo a un lado la carga pecaminosa y prohibida con la que lo había mirado el cristianismo y se convirtió no sólo en una moda entre los jóvenes burgueses europeos, sino también en una opción vital para quienes no podían satisfacer las costosas expectativas de su sociedad.

Si bien la mirada más compasiva y empática propia del sentimentalismo dieciochesco incluyó una actitud más amorosa hacia el sufrimiento melancólico, por otro lado, conforme el tiempo avanzó, la experiencia de la melancolía se vinculó con sujetos a los que comenzó a mirarse con miedo y desconfianza. Mientras Rousseau había exaltado las bondades del gusto por la soledad voluntaria, para fines del siglo XVIII, el carácter antisocial, hosco y huraño de los enfermos melancólicos empezó a ser motivo más bien de preocupación. Y es que poco a poco la sensibilidad burguesa se volvió cada vez más intolerante hacia la diferencia y la otredad. En medio de aquel contexto emocional temeroso, segregacionista e intransigente, las sociedades europeas se encontraron con la necesidad de construir asilos y hospitales para confinar a los enfermos mentales.¹²³ Efectivamente, las clases medias de las futuras naciones imperiales

¹²³ Para Mary Cosgrove, el melancólico de fines del siglo XVIII se convirtió en el loco “otro” a quien era necesario purgar de su enfermedad si se le deseaba

MELANCOLÍA Y DEPRESIÓN EN EL TIEMPO

llegaban felices, fuertes y confiadas de sí mismas al siglo XIX. Bajo su mirada del mundo, un mundo que avanzaba veloz e irremediamente hacia el progreso, no había lugar alguno para la locura. Por ello, las burguesías europeas de aquella época pronto decidieron que había que esconderla, aislarla y desterrarla de la realidad. Muy pronto, la experiencia melancólica de siglos abriría paso a los dolores y sufrimientos propios de la depresión moderna.

reintegrar a la sociedad. Mary Cosgrove, *Sadness and Melancholy in German Language Literature and Culture*, Boydell and Brewer, Edimburgo, 2012, p. 6.